



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Miguel Echegaray.)



Por *El Domingo de Ramos*  
la habrá tomado la prensa  
conmigo... ¡Buenos disgustos  
tendría... si la leyera!

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.— ¡Qué caprichosa!, por Juan Pérez Zúñiga.— José Estremera, por Sinesio Delgado.— Reventadores de antaño, por Angel R. Chaves.— El Quin, por *Clarín*.— Cuento baturro, por Alberto Casañal Shakery.— Ventajas de los malos, por José Rodao.— Chismes y cuentos.— Correspondencia particular.— Anuncios.

GRABADOS: Miguel Echegaray, por Cilla.— José Estremera (fotografía directa).— Embajadas (cinco viñetas).— El Quin (cinco viñetas).— La legión del sable, por Cilla.



# DE TODO UN POCO

Los edificios públicos se desploman ó tienden á desplomarse.

Días pasados circuló la noticia de que el hospital de San Juan de Dios se había venido al suelo por sí mismo, y la Diputación provincial se alarmó toda.

Felizmente, el hundimiento era cosa de poca importancia, pero

se espera la catástrofe «definitiva» de un momento á otro.

Hay persona que se dirige todas las mañanas al hospital y pregunta al conserje:

—Diga usted, ¿ha habido derrumbamiento durante la noche? ¿Sabe usted si entre las víctimas está una joven rubia, llamada Melitona? Caso de que le haya cogido debajo la desgracia, hágame usted el favor de darme sus restos para conservarlos.

No tienen bastante con sus dolencias propias los asilados de San Juan de Dios, sino que, además, viven expuestos á que se les vengán encima las paredes, y alguno oculta la cabeza entre las sábanas, y dice á su colateral:

—¡Ea, abur! Hasta el otro mundo, si es que nos vemos por allí. Si queda usted vivo por una casualidad, hágame el favor de cortarme un poquito de pelo y entregárselo á mi novia, que vendrá seguramente á recoger mi baúl.

Es bien triste esto de que la Diputación pierda su tiempo en discusiones líricas, y en cambio no se ocupe en terminar el nuevo edificio destinado á refugio de enfermos.

El mejor día vamos á saber de un asilado, y nos contesta un dependiente de aquella santa y *deleznable* casa:

—Anoche se hundió la sala número 9, donde estaba el pobrecito. De él no quedan más que cinco pedazos y un pantalón en mal uso. Los demás restos se los ha guardado la Diputación para sí.

—¿Qué va á hacer con ellos?

—Un museo anatómico que simbolice las glorias de nuestra administración provincial.

\*\*\*

Los moros de la embajada continúan recibiendo peticiones de dinero.

Todo el mundo se considera con títulos suficientes para sacarles un par de duros ú tres, según caigan las pesas.

Ya hay hombre que anda por ahí luciendo una boquilla de espuma de mar y diciendo á los amigos:

—Éste ha sido un obsequio del embajador.

—¿Le conoce usted?

—No le trato personalmente, pero nos escribimos. Le puse una carta fingiéndome hija natural de un moro y pidiéndole cinco duros, y Brisha, como es tan cariñoso, me los envió en nombre del Profeta, que en paz descanse.

Hay una señora que ha ido cinco veces al hotel de Rusia, con el fin de sacarles seis pesetas á los mogrebinos. Acompañala una hija, que por lo flaca parece un sacatrapos.

—¿Está el Sr. de Brisha?— pregunta la madre.

—Está, pero no se le puede ver—le contestan.

—Venía á decirle que mi esposo era de Tetuán, y al morir nos ha dejado sin nada que ponernos. Puede que el Sr. de Brisha le haya conocido como mahometano y como comerciante en bachusetts.

\*\*\*

—¿Sabes quién está ahí?— dice un esposo á su esposa al tiempo de acostarse.— El embajador de Marruecos.

—No le conozco más que para servirle.

—Ni yo; pero le voy á escribir cuatro letras pidiéndole diez duros. Para él un billete de cincuenta pesetas no será nada.

—¡Claro!

—Y pienso mandarle además las papeletas del Monte, para que conozca nuestros apuros.

Al día siguiente, el secretario del embajador recibe una carta concebida en esta forma:

«Muy señor mío y de todo mi aprecio (dos puntos): Paso á decirle que soy un pobre cesante de la Sala de Ultramar con toda la ropa empeñada y una tos que da pena oirme, por cuya causa remito á usted las adjuntas papeletas, que le ruego me devuelva, juntamente con doscientos reales, á ser posible.

»Y con esto no canso más. Recuerdos de mi señora para usted y los caídos, y queda suyo seguro servidor q. b. s. m., *Celedonio Minuta.*»

\*\*\*

Mi querido amigo Manuel Matoses ha logrado un merecido y ruidoso triunfo en el coliseo de la Comedia por el arreglo de una obra de Shakespeare, cuyo título no sé escribir en inglés porque no soy culto, pero que mi compañero titula *La fierecilla domada*.

Matoses recibió gran número de abrazos la noche del estreno, y daba pena verle con la camisa arrugada y los pelos en desorden.

—¡Bravo! ¡Superior!—le decían sus admiradores estrechándole contra el seno.

¿Quién no ama la gloria? ¿Quién puede sustraerse á los halagos de un éxito favorable y productivo?

Pues; sin embargo, hay autor que la noche del estreno anda por el escenario nervioso y mustio.

—¿Tiene usted miedo?—se le pregunta.

—Sí, señor, porque de todas maneras voy á ser víctima propiciatoria.

—¿Cómo?

—Si no me silba el público, me estrujarán los admiradores y me pedirán dinero los sablistas de costumbre.

Efectivamente, si el autor ha conseguido un triunfo, al otro día recibirá dos docenas de visitas de todas clases, y algunas con grave detrimento para su bolsillo.

Primero llegan los parientes cariñosos.

—¡Ven acá, picaronazo! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque has hecho una comedia de primer orden, según he leído en los periódicos?

—No haga usted caso, tío.

—¿Cómo que no? Ya quisiera mi hijo tener el talento tuyo; pero él está cada día más torpe.

—¿Les ha escrito á ustedes?

—Sí, desde Irún; allí le tenemos de vista en la aduana; pero le están formando un expediente en la dirección general del ramo.

—¿Por qué?

—Porque el otro día aforó como melocotones en conserva dos frascos de fetos en espíritu de vino.

Después de los parientes llegan los pedigüeños vulgares:

—Servidor de usted, don Manolo.

—Muy señor mío y dueño.

—Yo soy poeta, y vengo á solicitar de usted un favor de á duro, en vista de lo que ha gustado su obra. Tengo once hijos, sobre poco más ó menos, y á mi señora muy adelantada. Además, el jueves me caí en la calle de Relatores sobre una criatura, y tuve que abonar por ella cinco duros y medio porque la estropeé del todo...

¡Ay, Manolito! Bueno es triunfar; pero ¡te habrán dado cada disgusto, estos días, tus admiradores!...

Luis Taboada.

★

## ¡Qué caprichosa!

No es raro que compre  
doña Estefanía  
cuantos versos venden  
en la librería,  
ni que autores grandes  
y autorzuelos chicos  
le hayan puesto coplas  
en los abanicos,  
ni que tenga un álbum  
lleno de primores,  
en donde han cantado  
muchos trovadores.  
Tiene coplas (y esto  
ya es extraordinario)  
hasta entre las hojas  
del devocionario;  
y hace pocas noches  
no sé quién decía  
que se suena en verso  
doña Estefanía,  
pues en las cenefas  
de sus pañolitos  
le han ido poniendo  
versos muy bonitos.  
En el tarjetero  
lleva madrigales  
con sus respectivos  
ripios colosales.  
Tiene en su aposento  
(no exagero á ustedes)  
llenas de romances  
todas las paredes,

y en sus almohadones  
y en sus camisetas  
han colaborado  
todos los poetas.  
Bueno; pues anoche  
doña Estefanía  
me mandó una carta  
(sin ortografía)  
dándome el encargo  
de que la escribiera  
versos en el fondo  
de la ensaladera.  
Es una tontuna;  
mas como me han dicho  
que la indina paga  
caro su capricho,  
voy á ir á su casa  
y aunque me sonroje  
la pondré versitos  
donde se le antoje.  
La pondré, si gusta,  
cuatro seguidillas  
en los contrafuertes  
de las zapatillas  
y todo un poema  
dentro del paraguas  
y otro en el manguito  
y otro en las enaguas,  
y hasta en los riñones,  
en un santiamén,  
la pondré un soneto  
si lo paga bien.

*Juan Pérez Suñiga.*



JOSE ESTREMERERA

—¿Lo veis?—nos decía.—¡Ahí estáis cruzados de brazos, mirádomé todos, y sin hacer nada para salvarme! Sabéis que me muero y no procuráis evitarlo... ¡Vamos, andad, moveos! ¿Qué hacéis así?...

¡Y qué horroroso debía de ser semejante suplicio!

Rodeábamos, en efecto, su lecho de muerte sus amigos del alma, inmóviles, mudos, con el nudo del dolor en la garganta y oyendo las tristes súplicas del infeliz enfermo, sin atrevernos á consolarle, sin fuerzas ni medios para atenderlas. Y él insistía, nos miraba con sus ojos vidriosos, y se pintaban en su demacrado rostro la horrorosa angustia, el profundo convencimiento de que cuando nosotros, sus hermanos, no le ayudábamos con todas nuestras fuerzas, su fin estaba próximo y la lucha sería inútil.

Así, tras largas horas de sufrimiento, nos dejó para siempre el mejor de los amigos, el más noble y leal de los caballeros y el más honrado de los hombres.

Y una noche, la noche más horrible de nuestra vida, los que de mucho tiempo atrás nos reunimos en torno á la mesa del café, fundiendo en el crisol del trato íntimo los distintos gustos y caracteres, nos encontramos allí, en el despacho de Estremera, alumbrados por cuatro blandones, rodeando silenciosos su cadáver.

En el mismo sitio en que yacía, desfigurado por la muerte, nos habíamos congregado muchas veces para leer obras dramáticas—discutir planes, tratar de libros é intervenir directa ó indirectamente en casi todas las luchas y azares de la vida artística y lite-

raria de los últimos tiempos. Y allí estaban, formando triste contraste con el lúgubre cuadro, los recuerdos de una vida cosagrada al trabajo y al estudio: estantes repletos de libros, lienzos de los mejores pintores, retratos con cariñosas dedicatorias de los hombres más notables de la época, cuartillas de apuntes, coronas de laurel recogidas en las victorias del teatro...

Al otro día le dejamos allá lejos, abandonado, solo, para siempre perdido... y la nieve cayó en copos apretados, y nos pareció que no caía como otras veces, sobre el campo todo, sino solamente sobre el cuerpo del pobre Estremera, para hundirle más en la tumba, para separarle más de nosotros, para afirmar rápida y brutalmente el poderío de la materia.

Desde entonces, los que quedamos, los pocos que quedamos, al volver á juntarnos, por las bárbaras leyes de la necesidad y de la costumbre, en derredor de la misma mesa del café donde se han hermanado nuestras almas, contemplamos aquella silla vacía con el verdadero dolor de los hombres, que oprime el corazón y sella los labios, y callamos; callamos por el ridículo y pueril temor de que la palabra dé rienda suelta á las lágrimas.

Porque Estremera no era solamente literato de exquisito gusto, de instrucción sólida, de inteligencia clarísima, sano y juicioso en el consejo, serio y atinado en las observaciones, noble, leal y firme en los afectos; no era solamente autor dramático hábil, ingenioso y concienzudo, ni poeta de verdad, correcto y sentido...

Era, además, bueno. ¡Bueno sobre toda ponderación y más que nadie!

*Sinesio Delgado.*

## REVENTADORES DE ANTANO

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

I

Del palacio del Retiro  
en el regio coliseo  
la reina doña Mariana  
de tomar acaba asiento.  
Su majestad don Felipe,  
por cansado ó indispueto,  
no pudiendo acompañarla,  
se retiró á su aposento,  
y aunque ya muy decaída  
anda la afición del pueblo  
hacia el arte que ilustraron  
Lope, Alarcón y Moreto,  
como en la corte se sabe  
que la reina más apego  
que á literarios primores,  
que aprecia mal su talento,  
tiene á las ruidosas zambras  
con que á silbos y denuestos  
suele la mosquetaría  
trocar el patio en infierno,  
ya que á Madrid no llegara  
esa tropa de extranjeros,  
la sola que con sus trinos  
da á su majestad contento,  
se ha procurado ante todo,  
apelando á cualquier medio,  
que llena está la cazuela  
y llenó el *degoiladero*.

II

¡Buena tarde, por mi vida,  
es la que depara el cielo  
al que, tras de mil afanes,  
muestras va á dar de su ingenio!  
Trabajo al novel poeta  
costó hacer oír sus versos  
á un autor de compañía  
arisco, infatuado y necio.  
Pero á cobrar resignado  
algunos ducados menos,  
al fin para su comedia  
tuvo un rincón el proscenio.  
Y no está mal, á fe mía,  
que, sin ser ningún portento,  
gallardo en las relaciones,  
delicado en el gracejo,  
á muchos codos su obra  
está de más de un engendro  
de esos que son á diario  
de vítores mil objeto.  
Mas ¡ay! ya para primores  
no van estando los tiempos,

y la primera jornada  
se oyó con tanto silencio  
que los buenos cortesanos,  
que siempre galantes fueron,  
al ver en su soberana  
mal disimulado el tedio,  
torturando sus magines,  
su ingenio en prensa poniendo,  
buscaron medio de darla  
más gratos esparcimientos.

III

Y no fué tiempo perdido,  
ni, á juzgar por los efectos,  
debió de dejar la plebe  
de secundar sus deseos,  
puesto que, desde el instante  
en que para dar comienzo  
á la segunda jornada  
la dama empezó un soneto,  
tamaños silbos y voces  
el espacio ensordecieron,  
tan espantables ruidos  
dejó escapar todo pecho,  
que ya reventar de risa  
hiciera al más grave y serio  
ver de pepinos y coles  
casi el tablado cubierto;  
si la atención no llamaran  
las señas de espanto y miedo  
causadas en las mujeres,  
por el peregrino invento  
de un chusco que en la cazuela  
soltó ¡Dios le dé su premio!  
dos lagartos y una rata  
tamaña como un conejo.

IV

Verdad es que la comedia  
no pudo acabar con esto,  
y que el poeta incipiente  
sufrió un sofocón soberbio;  
mas como la reina estuvo  
una semana riendo  
y complacido y alegre  
quedó del jolgorio el pueblo,  
no faltó quien, recordando  
triumfos que allí consiguieron  
Lope, Calderón y Rojas,  
Tirso, Alarcón y Moreto,  
murmurara: Tras de todo,  
mal estas cosas no encuentro,  
que al fin y al cabo, el teatro  
¿qué es más que un divertimento?

*Angel R. Chaves.*

★

## Embajadas.



—El emperador ha tenido á bien nombraros embajador en España. Y aquí tenéis el correspondiente despacho.  
 —¡A España! ¿Me mandan de embajador á España?  
 —Así parece.  
 —Dí a usted, y... ¿no podríamos hacer algo para cambiar ese destino por otro igual en la Patagonia?



—¡Por fin vuelves sano, amado mío!  
 —Sí; el poderoso Alá me ha protegido contra los cristianos, y se han contentado con darme un tironcito de orejas.



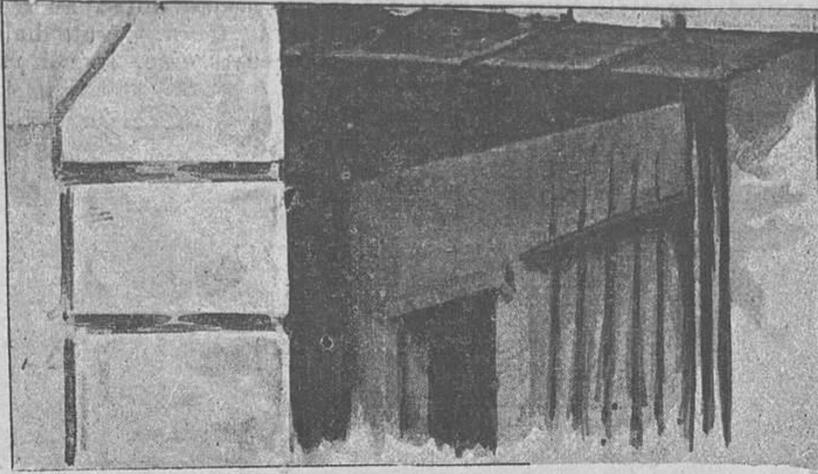
—¡Mía cómo me ha puesto!  
 —Y tú ¿qué vas á hacer?  
 —Pues... escribir á Sidi Brisha pa que me lleve con él á casa de los duques, á ver si me consuelo.



—¿Qué va á ser?  
 —Un vaso de leche.  
 —¿Con moicón?  
 —No, de ninguna manera; que me van á tomar por ministro plenipotenciario.



—¿Has sabido lo de Madrid? ¿Qué te parece?  
 —Me parece un aviso de Mahoma para que vayamos á descubrir y civilizar aquellos países...



## El Quin.

Lo siento por los que en materias de gusto no tienen más criterio que la moda, y no han de encontrar de su agrado esta verdadera historia, porque en ella se trata de estudiar *el estado de alma* de un perro; y ya se sabe que al arte psicológico, que estuvo muy en boga hace muchos años, y volvió á estarlo hace unos diez, ahora les parece pueril, arbitrario y soso á los *modistos* de las letras parisienses, que son los tiranos de la *última novedad*.

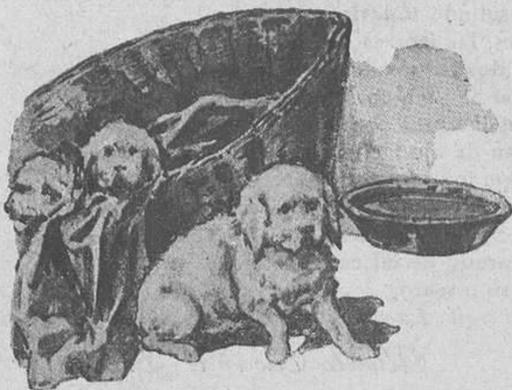
Los griegos, los clásicos, no tenían palabra para el concepto que hoy expresamos con esta de la moda; allí la belleza, por lo visto, según Egger, no dependía de estos vaivenes del capricho y del tedio. ¡Ah! los griegos hubieran podido comprender á mi héroe, cuya historia viene al mundo un poco retrasada, cuando ya los muchachos de París y hasta los de Guatemala, que escriben revistas efímeras, se burlan de Stendhel y del mismísimo Paul Bourget.

De todas suertes, el *Quin* era un perro de lanas, blanco. Él no sabía por qué le llamaban el *Quin*, pero estaba persuadido de que éste era su nombre y á él atendía, satisfecho con este conocimiento relativo, como lo están los filósofos positivistas con los suyos, que llama Clay conocimientos sin garantía, y que no alcanzan más firme asiento. Si hubiera sabido firmar, y poco le faltaba, porque perro más listo y hasta nervioso no lo ha habido, hubiera firmado así: *El Quin*; sin sospechar que firmaba, aunque con muy mala ortografía: *Yo el Rey*. Sí, porque, sin duda, su verdadero nombre era *King*, rey; sólo que las personas de pocas letras con quien se trataba pronunciaban mal el vocablo inglés, y resultaba en español *Quin*, y así hay que escribirlo.

Mayor ironía, por antifrasis, no cabe; porque animal que menos *reinase* no lo ha habido en el mundo. Todos mandaban en él, perros y hombres, y hasta los gatos; porque le parecía una preocupación de raza, indigna de un pensador, dejarse llevar del instinto de antipatía inveterado que hace enemigos de gatos y perros sin motivo racional ninguno.

El *Quin* había nacido en muy buenos pañales; era hijo de una perrita de lanas muy fina, propiedad de una señorita muy sensible y muy rica, que se pasaba el día comiendo bombones y leyendo novelas inglesas de Braddon, Holifant y otras escritoras británicas. Nació el *Quin*, con otros cuatro ó cinco hermanos, en una cesta muy mona, que bien puedellamarsedorada cuna; á los pocos días, la muerte, más ó menos violenta, de sus compañeros de cesta le dejó solo á sus anchas con su madre. La señorita de las novelas le cuidaba como á un príncipe heredero; pero según crecía el *Quin*, y crecía muy de prisa, iba marchitando las ilusiones de su ama, que había soñado tener en él un perrito enano, una

miniatura de lana como seda. La lana empezó á ser menos fina que la de la madre, aunque muy blanca y rizada; la piel era como raso, purísima, sonrosada... pero el *Quin* ¡daba cada estirón! Un perito declaró á la señorita fantástica que se trataba de un bastardo; aquella perrita; ¡preciso era confesarlo! había tenido algún desliz; había allí contubernio; por parte de padre el *Quin* era de sangre plebeya sin duda... De aquí se originó cierto desapego de la sensible española-inglesa respecto del perro de sus ensueños; sin embargo, se le atendía, se le trataba como á un infante, si no ya como á príncipe heredero. Al principio, por miedo á que lo arrojaran á la calle, á la vida de vagabundo, que le horrorizaba, porque es casi imposible para un perro, sin el pillaje y el escándalo; al principio el *Quin* procuró mantenerse en la gracia de su



dueño haciendo olvidar el vicio grosero de su crecimiento aborrecido, á fuerza de ingenio... y, valga la verdad, payasadas.

Un escritor muy joven y de mucho talento, Mr. Pujo, en un libro reciente, hace una observación muy atinada, que no me coge de nuevas, respecto de lo mucho que se engañan las personas mayores, de *juicio*, respecto del alcance intelectual de los niños. El niño, en general, es mucho más precoz de lo que se piensa. Yo de mí sé decir que, cuando contaba muy pocos años, me reía á solas de los señores que me negaban un *buen sentido* y un *juicio* que yo poseía hacía mucho tiempo, para mis adentros. Pues esto que les suele pasar á los niños, le pasaba al *Quin*, que había llegado á entender perfectamente el lenguaje humano á su manera, aunque no distinguía las palabras de los gestos y actitudes, porque en todo ello veía la expresión directa de ideas y sentimientos. El *Quin* no acababa de comprender por qué extrañaban los hombres que él fuera tan inteligente; y los encontraba ridículos cuando los veía tomar por habilidad suma el tenerse en dos pies, el cargar con un bastón al hombro, hacer el ejercicio, saltar por un aro, contar los años de las personas con la pata, etc., etc. Todas estas nimiedades, que le conservaban en el favor relativo de su ama, le parecían á él indignas de sus altos pensamientos cosa de comedia que le repugnaba. Si se le quería por payaso, no por haber nacido allí, en aquel palacio, poco agradecimiento debía á tal cariño. Además, delante de otros perros menos mimados, que no hacían títeres, le daba vergüenza aquel modo de ganar la *vita bone*.

El deseaba ser querido, halagado por el hombre, porque su naturaleza le pedía este cariño, esta alianza misteriosa, en que no median pactos explícitos, y en que, sin embargo, suele haber tanta fidelidad... á lo menos por parte del perro. «Quiero amo, decía, pero que me quie



ra por perro, no por prodigio. Que me deje crecer cuanto sea natural que crezca, y que no me enseñe como un portento, poniéndome en ridículo.»

Y huyó, no sin esfuerzo, del palacio en que había visto la luz primera.

\*\*

Pasaba junto á la puerta de un cuartel y el soldado que estaba de centinela le llamó, le arrojó un poco de queso y el *Quin*, que no había comido hacia doce horas, porque todavía no sabía buscárselas, mordió el queso y atendió á las caricias del soldado. ¿Por qué ir más lejos? El amo si lo quería; la vida de *perdis* le horrorizaba: si le admitían, se quedaría allí. Y se quedó. Ocultó al regimiento, que á poco *prohijó* al animal, las habilidades que tenía; pero dejó ver su nobleza, su lealtad; y todo el cuartel estaba loco de contento con el *Quin*, cuyo nombre se supo porque lo llevaba grabado en el collar de cuero fino con que se había escapado.

Desde el coronel al último recluta, todos se juzgaban dueños y amigos *pro indiviso* del noble animal. El *Quin* ocultaba sus gracias, su gran ingenio, pero se esmeraba en las artes de la

buena conducta, era leal, *discreto* en el trato, *varonil*, hasta donde puede serlo un perro; en su fidelidad al regimiento no había nada de amanerado, de comedia. Era el encanto y el orgullo del cuartel y á él no le iba mal del todo con aquella vida. Desde luego la prefería á la del palacio. A lo menos aquí no era un bufón, y podía crecer y engordar cuanto quisiera. Huía de que le cortaran la lana al ras del pellejo, porque no quería lucir la seda de color de rosa de su piel; no quería mostrar aquellas pruebas de su origen aristocrático. La lana larga le parecía mejor para su

modestia, para su incógnito; la llevaba como una mujer honesta y hermosa lleva un hábito. Procuraba estar limpio, pero nada más.

Trabó algunas amistades por aquellos barrios y le presentaron sus compañeros en el oficio de visitacalles á una eminencia que llamaba muchísimo la atención en Madrid por aquella época. Le presentaron al *perro Paco*. El *Quin* le saludó con mucha frialdad. Le caló en seguida. Era un *poseur*, un cómico, un bufón público. En el fondo era una medianía; su talento, su instinto, que tanto admiraban los madrileños, eran vulgares; el *perro Paco* tenía la poca dignidad de hacer valer aquellas habilidades que otros canes ocultaban por pudor, por dignidad, por no merecer la aclamación humillante de los hombres que se asombraban de que un perro tuviera sentido común. Entre los perros, *Paco* llegó pronto á desacreditarse; los más grandes de su especie, ó lo que fuere, le despreciaban en medio de sus triunfos populares; prostituía el honor de la raza; todo su arte era una superchería; todo lo hacía por la *gloria*; llegó al histrionismo y al libertinaje asqueroso. Las vigili-  
lias de los colmados, sus hazañas de la plaza de toros las vituperaban los perros dignos, serios, valientes y las miraban como Agamemnon y Ajax, de Shakespeare, los chistes y agudezas satíricas de Torsites.

El *Quin* era de los que le desdénaban más y mejor, sin decirsele. El *perro Paco* cada vez que le encontraba se *ponía colorado*, como se ponen colorados los perros negros, es decir, por los ojos,



y en su presencia afectaba naturalidad y fingía estar cansado de aquella vida de *parada*, de exhibición y plataforma. Por no ver aquellas cosas, el *Quin* deseaba salir de la corte. «Perro chistoso, pensaba el *Quin*, recordando á Pascal, mal carácter.» Empezó,

además, á encontrar poco digna de su pensamiento, más hondo, la vida del cuartel. Algunos soldados eran groseros; abusaban de su docilidad... y aquella fama de perro leal que tenía, y tanto había cundido, acabó por molestarle. Deseaba oscurecerse, irse á *provincias*; pero ¿con quién?

Clarín.

(Se concluirá.)

★

## Cuento baturro.

Por un camino que conduce á Borja un baturro camina.

Lleva al hombro una alforja y dentro de la alforja una gallina y una bota completamente llena de un vino superior de Cariñena.

(Si durante el relato el paciente lector va á estar atento, convendrá que se fije en este dato, que es el más importante de mi cuento. Hecha esta observación, que es importante, sigamos adelante.)

Pues señor, es el caso que iba el bueno del hombre paso á paso continuando la ruta comenzada, cuando, un poco antes de llegar á Borja, la gallina citada se escapó de la alforja.

Fuese descuido ó fuese lo que fuese, hubiérase evitado este tropiezo el baturro del cuento si le hubiese retorcido el pescuezo,

y por no proceder de esta manera, apenas la gallina se vió fuera, como es de suponer, cacareando por verse libre, se marchó saltando.

Quedó el baturro al verla muy sereno y, deteniendo el paso, dijo:—*Gueno*.

¿Se m'ha escapau? Por eso no m'apuro, aunque otro en mi lugar s'apuraría, porque la *hi* de coger, se l' aseguro, aunque me dé *trebajo pa lo* el día.—

Y antes de dar principio á esa faena, en la que puso verdadero empeño, cogió la bota, que llevaba llena de vino superior de Cariñena,

y echó con ella un trago... no pequeño. Después de hacerle este saludo al vino, se fué un rato detrás de la gallina, que seguía la indina

sin dejar de correr por el camino.

—¡Otra que Dios! ¡No va poco ligera!

¿Y he de valer tan poco que no la *hi* de coger? ¡*Bonico* fuera el que no la cogiera

*dimpués* de haber corrido como un loco! —

Detúvose un instante el testarudo y, cuando le hizo al vino otro saludo,

mirando á la fugada, dijo al verla: —Ya me falta *mu poco pa* cogerla.—

Mas aunque así el baturro lo creía, tras ella, cinco veces por lo menos,

corrió sin resultado todavía

y, como antes, las fuerzas que perdía recobró con dos tragos de los buenos.

Y ¡es claro! si han tenido suficiente paciencia mis lectores para oirme,

comprenderán de fijo fácilmente, y no se atreverán á desmentirme,

que al quedarse la bota, que iba llena de vino superior de Cariñena,

vacía, el testarudo de mi cuento vió logrado su intento,

pues al fin *la cogió*. *La cogió*. ¡y buenal

Alberto Casañal Shakery.

★

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que la Biblioteca del MADRID CÓMICO va á contar dentro de muy pocos días con otro libro de Juan Pérez Zúñiga.

### COSQUILLAS

es el título de la nueva obra. Contendrá versos y artículos de nuestro querido compañero, un prólogo de Antonio Peña y Goñi y una linda cubierta de Méndez Bringa.

En la Administración de este semanario y en las principales librerías podrá el público adquirir ejemplares al precio de tres pesetas u o.

Nos inclinamos á creer que las *Cosquillas* hechas por Pérez Zúñiga han de regocijar á los lectores. Por lo menos á eso se tira... y Dios nos dé salud para servir muchos pedidos. Amén.

## La legión del sable.



— Pues hijo, yo no he podido decir más: que te habías muerto hace quince días y no tenía con qué enterrarte, que me habías dejado seis niños, el mayor de año y medio, y que estaban los seis desnudos y llorando sobre tu cadáver.  
 — ¿Y no te han dado nada?  
 — Ni diez céntimos.  
 — Pues desde ahora hay que aumentar las criaturas y matarme un par de semanas antes...

## Ventajas de los malos.

Cuando se muere un pillo,  
 todo cristiano,  
 recordando del muerto  
 los hechos malos,  
 le compadece  
 y que «Dios le perdone»  
 repite siempre.  
 Los seres más devotos  
 de la familia  
 van á que el sacerdote  
 le diga misas,  
 y por el muerto  
 rezan á todas horas  
 salves y credos.  
 Pues las gentes, pensando  
 que Dios, de fijo,  
 va á obligarle á que purgue  
 sus desvarios,  
 ponen en práctica  
 cuanto les aconseja  
 su fe cristiana.  
 Y es natural, supongo  
 que, al fin y al cabo,  
 lograrán que al que en esta  
 vida fué malo

Dios le perdone,  
 al escuchar del mundo  
 las oraciones.  
 Pero si muere alguno  
 de esos benditos  
 seres, que no tuvieron  
 jamás un vicio,  
 ni blasfemaron  
 y que, en fin, fueron siempre  
 casi unos santos,  
 no hay nadie que repita  
 «Dios le perdone»,  
 creyendo que no le hacen  
 falta oraciones,  
 y, por ser bueno,  
 á ése nadie le reza  
 ni un padrenuestro.  
 De modo que si el pobre,  
 siendo un bendito,  
 tenía, como todos,  
 sus pecadillos...  
 ¡buena le espera,  
 si Dios, con sus bondades,  
 no lo remedial

José Rodao.

## CHISMES Y CUENTOS

¡Loado sea Dios, ó Alá, para contentar á todo el mundo!  
 La poesía estará llamada á desaparecer de la vieja Europa, pero florecerá, prosperará y dominará en los abrasados arenales africanos. Y del lobo un pelo.

Callará aquí Grilo, si á mano viene, y nos pasaremos sin sonetos á las personas reales y grandes de España adyacentes, pero nos quedará allá, á la sombra de las palmeras de Marruecos, el simpático secretario de la embajada *vigente*, capaz de endilgarle estrofas encomiásticas al lucero del alba y á todos los demás luceros.

¿Que le presentan un duque? Quintillas al duque.  
 ¿Que le saluda una condesa? Soneto á la condesa.  
 ¿Que le hablan del pilón de la Cibeles? Oda al pilón.  
 Y la gente se muere de risa por la gracia.  
 ¡Dios nos conserve á todos el buen humor y las imaginaciones ar-  
 dientes!

El alcalde, señor conde de Romanones, ha tenido la amabilidad de invitarnos á una reunión que tiene por objeto tratar de las próximas fiestas de Carnaval.

No hay para qué decir que agradecemos de veras la invitación... aunque no acudamos á la cita, porque ¡pártanos un rayo si nos queda tiempo para nada!

Pero conste que, desde luego, estamos de acuerdo con el señor alcalde en lo de echar á las máscaras al Retiro.

Y si pudiera ser mandarlas más allá del puente de los Franceses, mejor que mejor.

Porque eso de separar medio Madrid del otro medio durante cuatro días era un poco fuerte.

Por lo cual no estaría mal que, sentado este principio, se diera la orden de que las revistas militares, procesiones, etc., se celebraran en el propio paseo de coches, donde los aficionados á perder el tiempo podrían salirse con la suya sin perjudicar á sus coterráneos.

De dos maneras afeita  
á las gentes mi barbero:  
una cuando hace la barba,  
y otra cuando escribe versos.

Quince años hace que tienes  
relaciones con el mismo.  
Cuando te cases, diremos:  
Por fin se ha casado Olvido.

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

Del amor partidaria decidida,  
fuma, baila, se rinde y enamora...  
¡Y se muestra ofendida  
cuando alguno la llama pecadora!

RAMÓN ASENSIO MAS.

Volvamos á los embajadores marroquíes.  
¿Qué remedio queda? ¡No se puede hablar de otra cosa!  
El caso es que, si buenos obsequios reciben, buenas cartas pidiéndoles dinero les cuesta. Porque aquí, para vengarnos de las razas enemigas, todos los medios nos parecen excelentes, y hay una legión de defensores de la cruz que no vacila en saquear á los perros infieles, aunque sea por medio de añagazas.

¡Lo que habrá pensado de nosotros la embajada de Abd-el-Aziz!  
Lo menos que se les habrá ocurrido es que somos unos sinvergüenzas.

Pero... del mal el menos.

Gracias á los buenos oficios de un *reporter*, ya sabemos que hay un cadí que tiene unos ojos muy hermosos.

¡Ay, hija! Y que les gustan mucho á las niñas sensibles.

¡Alá se los conserve!

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Robinson*.—La idea es vulgar; pero además he de advertir á usted que en los romances está terminantemente prohibido aconsonantar los versos.

*Ballon d'essai*.—Tanto los cantares  
como el *sucedido*  
son algo vulgares  
y un poco anodinos.

Sr. D. J. R.—Están bien, como todo lo que usted hace; pero, sin poderlo evttar, ha pasado la oportunidad, me parece.

Sr. D. J. C.—Tampoco está mal. Pero ese sistema estuvo en boga hace muchos años y se gastó pronto.

Sr. D. J. G.—No; aquí hay que dejar á López Silva solo en esas cosas. ¿Usted comprende?

*Brujerías*.—La cosa es que... ¡tienen tan poca gracia, queriendo tenerla!  
Sr. D. E. T.—Como usted mismo comprenderá, ni por el asunto ni por la forma es de la índole del periódico, porque es seria, sin mezcla de humorismo de ninguna clase.

*Minguet*.—Son tan poquita cosa física y moralmente...

Sr. D. E. M. D.—Revelan buenas condiciones. Le falta práctica y estudio constantes. La firma está imitada admirablemente.

*Cortadillo*.—No; si no versifica usted mal. Pero... hay que buscar asuntos salientes ó dar novedad á los viejos.

*Amigo Sparmi*.—No; si no es sistemática la oposición á admitir artículos. Es que como, generalmente, no se publica más que uno en cada número, aparte de la crónica, y hay en la redacción muchos prosistas, no podemos dar salida al género...

*Fr. F.*—Ha tomado usted demasiado en serio la vida del campo. Tan en serio... que no pegaría ni con cola en el MADRID CÓMICO.

*Don Ruperto*.—Vistas las moralejas  
y los cantares,  
y ellas resultan viejas  
y ellos vulgares.

Sr. D. C. V.—Sobre no ser muy propio el estilo, el asunto no tiene nada de particular absolutamente.

*El tío Anagaera*.—Digo lo mismo de la décima.

*Manolo*.—Para guasa está bien. ¡Porque no puede ser otra cosa que guasa! Sobre todo lo de la *Valada* con *V*, que sienta como un tiro.

*Incipiente*.—Carece de novedad, en mi humilde juicio.

*N. To.*—«Agripina de mi vida...

¡Oh, mi adorada Agripina!  
tu mirada me fascina  
y tus ojos me iluminan  
en este mar de la vida.»

¡Rediez! Fíjese usted en que los cinco versos de la *quintilla* son asonantes, en que *iluminan* no es consonante de los otros dos, en que *vida y vida*, en cambio, aconsonantan más de lo que debieran, y en que... no se puede ir á ninguna parte por ese camino.

*Fray Ripioso*.—Puede pedir el libro en cualquier librería, en casa de Fe, por ejemplo, ó remitir las tres pesetas en sellos á esta Administración. La composición es demasiado larga y demasiado vulgar... ¡qué se le ha de hacer!

Sr. D. F. F.—Se agradece el recuerdo, pero el soneto sería inoportuno por razones que comprenderá fácilmente.

*Franco del Todo*.—Hubiéramos podido aprovechar alguna, pero eso de firmar con pseudónimo, cuando el pseudónimo no es muy conocido... no es conveniente, ¡qué demontre!

*Antonavo*.—Medianilla es, y bien lo sabe Dios.

*El gladiador de Rávena*.—El soneto no vale la pena por el asunto, y *ainda mais* hay una asonancia en *eo* que hace un efecto endemoniado.

*Un librecambista*.—Como usted habrá visto, eso mismo hemos dicho ya en uno de los números anteriores.

Sr. D. J. M. S.—Me hubiera venido  
como anillo al dedo  
publicar alguno,  
pero ¡guay! no puedo.

## CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

# COMPAÑÍA COLONIAL

## TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

## GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA-MANZANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPECHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 2895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 834.